



## Tentativa de algo (alrededor de Georges Perec)

por Juan Jiménez García

### Correspondencias

He empezado a escribir sobre Georges Perec. Poca cosa. Pensaba en la calle donde nació, la rue Vilin. Perec casi no tiene recuerdos de su infancia. Su padre murió cuando apenas tenía cuatro años, en la guerra; su madre, poco después, en un campo de concentración (Perec era judío). Él se salvó. Cuando mira las fotografías de aquellos años, las describe minuciosamente. No quiere que nada se le escape, ni una brizna de hierba. Durante años se dedicó a inventar exhaustivamente las cosas, porque seguramente quería dejar constancia de todo lo que le rodeaba, para que no volviera a ocurrir aquello que le había pasado a él: no tener recuerdos, no tener nada que recordar.



Entonces, se fue allá y se dedicó a recorrer las casas de aquella calle, calle cuyos edificios estaban derribando. Encontró la casa de sus padres, los viejos negocios. Todo estaba como desdibujado. La fue recorriendo número a número. Los lugares estaban deshabitados u ocupados por inmigrantes. No quiso entrar. Pensaba que no le dirían más de lo que ya sabía.

He buscado la rue Vilin. No se ven imágenes de ella, pero sí de las calles de alrededor. Solo hay un parque a un lado y los laterales de un edificio gris de paredes de mosaico al otro. En la rue Vilin ya no hay nada. Ningún número. Nadie puede vivir allí. Es absolutamente imposible. Y entonces entiendes por qué Perec escribió y escribió sobre ella. Porque la rue Vilin ya no estaba allí, estaba en su cabeza. ¿Cuántas calles se habrán perdido sin que nadie haya escrito de ellas, ni filmado, ni fotografiado, ni nada? ¿Cuántas personas habrán perdido así sus recuerdos?

\*\*\*

Dice: igual que necesitamos dormir porque los sueños son ese camino para acceder al subconsciente y lo que allí se esconde (como muy bien sabían los surrealistas), quizás las *contraintes*, las constricciones, solo sean una forma de llegar al subconsciente despiertos, al obligarnos a frecuentar caminos por los que no hubiéramos llegado conscientemente.

Perec utilizó de una forma especial esas constricciones para llegar más allá, para buscar en su memoria (de nuevo la memoria). No forzar el lenguaje como podía estar haciendo Céline, que lo rompió a patadas, lo dobló hasta hacerlo astillas. La relación de Perec con el lenguaje es la de un niño con un juguete. Un juguete que te permite inventar nuevas historias. En breve: el lenguaje como generador de escritura, la escritura como generador de memoria.

### Ecos

De Georges Perec siempre envidié:

Que hiciera crucigramas,

porque yo nunca fui capaz de resolver ninguno completamente.

Que escribiera toda una novela en segunda persona, porque yo no escribí ninguna en cualquier persona.

Que escribiera un libro con ciento treinta y cuatro sueños, porque yo solo soy capaz de recordar uno o dos de los que tuve en mi vida.

Que pusiera títulos tan maravillosos como *La vida instrucciones de uso* o *W o el recuerdo de la infancia*.

Que fuera capaz de saltar en paracaídas y también saltar en la vida, sin pensar en el vacío o en cosas que no se abren, algo que yo nunca hice (bah, quizás sí, alguna vez).

Envidio su escritorio, en el que las cosas, como en su literatura, descansan en un ordenado desorden (o un desorden ordenado). Está la sensación de que pese a que los libros se amontonan en columnas, las hojas se desprenden de la pared o en la mesa apenas si queda lugar para dejar algunas cuartillas en las que escribir, todo está unido por algo secreto, una fórmula matemática, una sucesión lógica, un juego de palabras.

### Reminiscencias

Recuerdo cuando era pequeño e iba los veranos a casa del abuelo. El abuelo vivía en una casa ganada a la montaña, una cueva. Las paredes sin enlucir pintadas de azulete, el comedor al entrar, la cocina que funcionaba con pequeñas bombonas azules de butano. Entre los dormitorios, una escalera subía a la cámara, donde se dejaban a secar las almendras, tras una cortina. Allí dormía yo. Recuerdo una cama y un arcón en el que cada año aparecía un nuevo tebeo. La luz entraba por una ventana de forma redondeada y desde allí se veía el canal llegando a la central eléctrica y el zumbido monótono de sus generadores. En las tardes impracticables de calor, me tumbaba ahí y dejaba pasar las horas, entre el sueño y la lectura, mientras los gatos paseaban por el exterior.

Años después, el abuelo se vino a vivir con nosotros. Con nosotros y el resto de sus hijos. Pudo comprar aquella casa que alquilaba desde siempre, pero dijo que no, que no valía la pena. Somos varias generaciones de pobres, quizás todas. Acabó comprándola un médico de fuera para pasar sus vacaciones.

Volvimos otros veranos. La casa del abuelo había sido totalmente reformada, hasta quedar irreconocible: paredes que ocultaban la piedra, suelos y ventanas de verdad. No quedaba nada y costaba pensar en que aquel había sido el lugar donde vivimos, el lugar que habitamos. Ahora ese lugar está solo en mi cabeza. Igual ni tan siquiera fue así, pero eso no importa demasiado. Es un lugar de la memoria, un lugar que preservar, sobre el que escribir. ¿Entendéis lo que quiero decir?

## Libres en nuestras ataduras

**Ideas potentes. Atlas de literatura potencial 1 (Pepitas)** | por Juan Jiménez García

Estaríamos tentados de pensar que el OuLiPo está de moda... No, no puede ser. Lo que proponían hace cincuenta años ese grupo de gente de todos lados (empezando por François Le Lionnais y Raymond Queneau, fundadores reconocidos) y aún hoy siguen proponiendo, escapa a estos tiempos (y a otros muchos). Sí, lo fácil es decir que somos todos un poco oulipianos desde el momento que usamos redes sociales como twitter, con sus limitaciones, pero eso sería reducir su mundo más de lo estrictamente necesario, además de renunciar a su *Po*, es decir, a la potencialidad. No tendemos hacia el infinito, sino más bien hacia el instante, que muere en nuestras manos. En todo caso, estamos de suerte. Pepitas de Calabaza no solo saca este primer libro, *OuLiPo. Atlas de literatura potencial 1: Ideas potentes*, sino que anuncia dos más, dedicados a textos en nuestro idioma y a los plagiarios por anticipación, es decir, a aquellos que fueron oulipianos sin saberlo, antes de tiempo. ¿Y este primer libro? Pues está dedicado a glosar, a través de sus propias palabras, los fundamentos sobre los que, literalmente, obraban. La edición de todo esto corre a cargo de Hermes Salceda y la traducción (nada fácil, intuyo) es de Diego Luis Sanromán.

Ponernos a explicar de qué estamos hablando cuando hablamos del OuLiPo sería un poco ocioso, teniendo en cuenta que esa es la trama de este libro. El resumen está en su propio nombre: se trata de un obrador (entendido como taller artesanal) de literatura potencial (que lleva en su interior la traba como elemento generador de esa potencialidad). Todos ellos lo explican mejor y este libro recoge mucho texto memorable y muchas ideas lanzadas al vuelo jovialmente, como verdaderas campanadas que anuncian no un nuevo movimiento (dado que son contrarios a ellos) sino una manera de escribir. La libertad se encuentra, precisamente, en la falta de ella, y sus limitaciones son una invitación a crear alejados de los caminos por los que, inevitablemente y si nos dejan solos, transitamos, una y otra vez, una y otra vez. Hay que decir que el objetivo real de Oulipo no es escribir, sino entregar las herramientas necesarias (en forma de impedimentos) para ello. En una suerte de confrontación con los principios del surrealismo (no olvidemos que Queneau fue uno de los que salió corriendo de allí, dejando tras de sí el cadáver del señor André Breton), los oulipianos no creen en escrituras automáticas, en el azar, en dejarlo todo en manos de una inspiración que se le presupone a cualquiera (como la capacidad de improvisar), sino en la necesidad de tropezar con obstáculos, porque solo estos nos harán realmente libres. Georges Perec recomendaba el desorden para ordenar nuestra biblioteca: si uno no encuentra el libro buscado, al menos encontrará otros tantos que tenía olvidados pero igual o más interesantes que este.

El libro se construye en tres primeros frentes: la historia (entre la memoria de Jean Lescure, los manifiestos de Le Lionnais y el texto esencial de Raymond Queneau, *Literatura potencial*), la potencialidad (verdadero objetivo del grupo) y la traba (aquello por lo que son más conocidos, pero que solo es un instrumento para alcanzar lo anterior). Todo ello desde la óptica no teórica, sino practicante. No desde una visión exterior sino interior. Así, junto a los ya citados, nos encontramos con Georges Perec (el más emblemático) o Italo Calvino, pero también con Marcel Bénabou (que tiene la perspectiva del tiempo) o Jacques Roubaud. Y una idea que subsiste y que aún nos sigue pareciendo gloriosa: la literatura como juego. Una invitación a ser libres en nuestras ataduras.

## Lectores, lecturas, literaturas

**Círculo de lectores, de Eduardo Berti (Páginas de espuma)** | por Óscar Brox

El libro. Ahí empieza y acaba todo. Leer, escribir, reescribir, escharbar entre (o excavar en) las páginas, parodiar o inventar. El argentino Berti pertenece a esa generación de escritores potentes, capaces de todo si disponen de la página en blanco y de tiempo para expresar la imaginación. O de acceso a otras obras, de gracia para bromear con el legado de grandes escritores o de vandalizarlo con el simple hecho de reordenar letras, frases, párrafos o ideas, homenajeando de paso (o recordando o, en fin, evocando con no poca nostalgia) al acto de escribir. De imaginar. De hacer como si no existiese límite para las palabras. Tan solo, claro, el de la imaginación. O, casi mejor dicho, el del talento para saber cómo entretejer el tedio, la escasez de ideas, con la dosis necesaria de inventiva.

Con las obras de Eduardo Berti nunca sé por dónde empezar, por eso se me ha ocurrido arrancar el primer párrafo del texto con un lipograma. Aquí he sido cuco, he elegido la u (en vez de la a o la e, como Perec y sus traductores) como letra que no debía aparecer bajo ningún concepto. Esa era la traba, o *contrainte*, con la que durante años el OuLiPo ha alimentado su producción literaria. Una traba o limitación que, sin embargo, no ha dejado de proporcionar una felicidad lectora. En este *Círculo de lectores* de Eduardo Berti, el autor de *Un padre extranjero* convoca al ABC de la literatura mundial con, diría, un único fin: divertir(se). Bueno, quizá también con la obligación de destensar lo literario de esa aparente rigidez, de ese aburrimiento mortal, con el que cierta novela contemporánea se ha tomado el oficio de escribir. De

ahí, precisamente, que en sus páginas abundan los juegos, las subversiones y las transgresiones literarias, dictadas tanto a partir de textos más o menos conocidos como de cualquier otra cosa.

Primero viene Cortázar, eso sí, reconvertido en manual de instrucciones para leer un libro. Luego un consuelo fugaz, esa pequeña carta en la que el narrador se permite dejar constancia de sus talentos para narrar. Luego un círculo de lectores en el que Berti exprime su ingenio en formato corto, parodiando o evocando con no poca gracia y comicidad algunas de las figuras de la literatura. Ahí están Perec y su Bartlebooth, un tal Shakespeare, Proust y una descacharrante lectura de Theodor Fontane que no sé cómo funciona mejor, si como parodia del realismo poético o como chiste de su endiablada traducción. Y más, muchos más: Chéjov, Calvino, Borges, ... Y el talento de Berti para remedar el estilo de cada uno, sus lugares comunes y sus rasgos definitorios a la hora de escribir. Aquí una descripción rocosa, allí una frasecita tan ligera que el cuento resulta de lo más transparente. Allá un truco, acá una gracia para sacarle los colores a la literatura. Para desempolvcar, esa podría ser la palabra, el inmenso caudal de estilos, técnicas, juegos y modos de decir que habitan en los libros.

Lo que Berti construye es algo así como una biblioteca breve. *Lector, ahora te conduciré por donde quiera*. ¿Se puede escribir exactamente un mismo texto, con las mismas palabras, de cien maneras diferentes? Claro, por qué no. ¿Se puede jugar con cada registro estilístico? Sin duda. Aquí escribimos a partir de una fórmula matemática, allí sustrayendo una palabra,

una letra o toda la puntuación. De lo que se trata es de ampliar los límites, de vulnerar esa cosa tan razonable (y, por tanto, tan irracional cuando se es escritor) como los lugares comunes y las zonas de confort de un escritor. Así, uno tiene la sensación de que Berti es como un mago que apenas ha insinuado una pequeña porción de su repertorio; basta con apretar un poco para que sorprenda con algo más. ¿Un lipograma? Pues ahora un pangrama. Ahora haremos un remake de la *Continuidad de los parques* de Cortázar. Después hablaremos del Autor, con A mayúscula, y de la obsesión de cierta novela contemporánea por cepillárselo. Y si queda tiempo, tal vez revolbamos un poco la Historia de los libros para generar nuevas historias, nuevos relatos, nuevas formas de decir, de nombrar o de narrar. De narrar lo nuevo, de narrar la Historia de la literatura. Espero que esto último no suene a tautología.

Con *Círculo de lectores* uno vuelve a creer en la felicidad lectora, en la anarquía de la escritura o en la capacidad de, con limitaciones o sin ellas, llevar las palabras unos cuantos pasos más allá; tantos como permita el ingenio, la inventiva o la imaginación. Eduardo Berti se coloca el vestuario de no pocos autores conocidos, pero de ello no debe deducirse el homenaje sencillo el guiño en una convención de tuertos. Más bien, como el Queneau de los *Ejercicios de estilo*, la posibilidad de hacer de cada texto el ejemplo de las potencialidades de la escritura. De cada idea, algo que se puede construir, destruir, parodiar o formular con palabras. En resumen, algo parecido a la felicidad.

## Lo que queda de un hombre

**Días felices en el infierno, de György Faludy (Pepitas y Pimentel) | por Juan Jiménez García**

Esa deriva desde los días en los que fuimos felices hacia nuestros infiernos... Pienso en el título del libro de György Faludy y como este lo encierra lo escrito pero de una manera inquietante. Y es que las memorias de Faludy, estas que van desde su primera salida y exilio de Hungría hasta ese segundo exilio-huida, con todo lo que tuvo de definitivo, tienen como primera virtud ser capaces de transitar de una manera lumínica (y esta es la palabra) desde la alegría triste de los primeros tiempos a la amargura, la oscuridad visible de los campos de trabajo, con la derrota de todas las ilusiones que se podían tener en el ser humano y que él tenía. Unas memorias que empiezan como un libro incluso de aventuras y acaban en las paranoias comunistas de los años cincuenta y la represión sin sentido, en el fango de los campos de trabajo, hasta los espejismos de las primaveras pisoteadas por los tanques soviéticos. Y todo desde la óptica de un poeta que creía, tal vez desde una ingenuidad desesperada (desesperada por confiar), que el mundo no podía ser peor de lo que había sido. Y dentro del mundo, Hungría. Su Hungría.

György Faludy ya es un poeta y traductor reconocido cuando abandona su país por el hospitalario París de entreguerras. Las cosas se han puesto mal. Con un gobierno de ultraderecha afín al nazismo emergente, las posibilidades de acabar en prisión por sus opiniones son más que evidentes. Se marcha con su mujer, Vally, y allí encontrará a otros exiliados, en parecidas circunstancias. Sin embargo y pese a las penurias económicas, la vida tiene su aquel. Escribirá para alguna revista y compartirá aventuras con Bándi Havas y Ernő Lorys, personajes pintorescos que, en buena manera, vendrán a simbolizar el infierno el primero (político de rectitud y tendencia comunista) y los días felices el segundo (historiador velta). Llegados en 1938, la alegría les durará bien poco, porque la Segunda Guerra Mundial ya está ahí y, con ella, la invasión alemana de Francia. De nuevo, hay que huir, porque nada bueno puede esperarse de esa ocupación.

Sus miradas se dirigen hacia Marruecos. Cualquier lugar para salir de allí es bueno, y Marruecos es un lugar como otro cualquiera. Se les ha concedido aquello que Rimbaud pedía para sí mismo: una vida de aventuras. Una vida de aventuras siempre al límite en la que aún hay espacio para otros días felices. Los encuentros casuales provocan algo de desahogo, momentos en los que la vida parece haber cobrado otro sentido, o hilarantes negociaciones con mercaderes senegaleses. Faludy piensa seriamente en establecerse allí, pero surge la posibilidad de

continuar esa huida, de escapar aún más lejos. Estados Unidos les está esperando. Un país que recorre durante unos años pero que no parece decirle nada. La brevedad con la que pasa sobre él (en contraste con todos sus otros destinos) es abrumadora. Apenas unas páginas, apenas unas referencias al exilio húngaro y su labor como editor de una revista que lo aglutinaba. La guerra ha terminado y el poeta quiere volver a Hungría, aunque los consejos y las intuiciones sean desfavorables a ello. Los soviéticos han invadido el país, la vieja Europa se ha repartido en dos zonas que marcarán las décadas siguientes. Stalin, bien presente. Sin embargo, Faludy piensa que es ahí dónde debe estar y ayudar a construir ese futuro que se merecen.

Durante los primeros años colabora con el partido socialista, pero este acabará en una unión con el partido comunista y, tras ello, volverán sus problemas, fruto de las paranoias del presente. Su trabajo en el mundo cultural no le librarán de nada: al contrario. Las purgas y persecuciones acabarán por ir acercándose más y más, con el retrato de aquellos tiempos asfixiantes, en los que resultaba imposible tener alguna certeza más allá de la que algún día sería su turno. Aún así, es incapaz de escapar de ese destino fatal que sabe que le aguarda, como si estuviera íntimamente ligado a él y nada, absolutamente nada, debe evitarle llegar a él. Y llega. La prisión, la tortura, el campo de trabajo como destino final. El hambre, la humillación, la lenta destrucción. El cálculo de cuánto puede vivir un hombre. Él, que había escapado del nazismo no sintió la voluntad de escapar del estalinismo, versión húngara. A partir de ahí, el relato de su vida será el recorrido triste, apagado, a ratos de una esperanza mortecina, no exento de ironía, de triste ironía, sobre el infierno.

La vida siguió para György Faludy, pero aquellos días felices, prólogo del infierno, aquel encuentro de la belleza de un tiempo triste con la tristeza de un tiempo horrible, ese camino ordenado hacia lo más bajo, se quedaron aquí, en este libro, con toda su brutalidad (pero también con esa luminosidad que lo atraviesa). Una obra mayúscula, irónica, feliz incluso cuando no puede serlo (y entonces su amargura no nos deja indiferentes, nos deja calados hasta los huesos, con la lluvia fina, persistente de sus palabras). Testimonio de las inconsistencias intelectuales que llegaron tras la guerra y que veían paraísos allá donde no quedaba nada. Un futuro donde este había sido abolido. Grandes obras donde solo había campos de trabajo. Mirar hacia otro lado, ese lujo del primer mundo.

## Caminando entre las artes

**Ithell Colquhoun. Pionera del surrealismo oculto, de Eric Rattcliffe (Aurora Dorada) | por Francisca Pageo**

Ithell Colquhoun fue una artista, escritora y ocultista que no conocemos mucho en España, por no decir nada. Hasta este año no se ha visto publicado nada suyo aquí y por eso y por su pasión hacia todo lo que la acontecía es necesario que la conozcamos. Aunque a priori podemos apreciar este libro como un libro para artistas, también es un libro sobre el ocultismo, la poesía, la naturaleza, el folclore e incluso el feminismo. Ithell creó durante toda su vida, y daba un valor especial a aquello que no podemos ver, ese misterio. Su educación fue tardía, no empezaría a leer hasta los 8 años, y

estuvo desde bien pequeña dedicándose a pintar, a dibujar, a crear su imaginario lleno de símbolos. Las pinturas de Ithell ya eran surrealistas antes del movimiento y fue una pionera en muchos sentidos, pero muy poco comprendida. Es quizá por eso que no la conocemos en España aunque en Inglaterra ya sea toda una referente. Sus poemas son etéreos, fantasmagóricos y llenos de un universo particular. Se hace necesario conocerla, pues así descubrimos otros mundos, esos que están en este pero somos incapaces de ver.

## Aquello que perdura

**Geai, de Christian Bobin (Pre-Textos) | por Francisca Pageo**

"A las amapolas hay que amarlas con los ojos, no con las manos. En los ojos, arden. En la punta de los dedos, se marchitan." Tierno, elegante, sutil, reflexivo y, sobre todo, misterioso. Así es este libro.

Bobin escribe como si contara un cuento antiguo que se convierte en una imagen atemporal. Está, como toda poesía y aunque este no sea un libro de poesía, lleno de imágenes y de belleza. He adorado a Albain porque de algún modo me recuerda a mí y a esas personas que se convierten en especiales en nuestra vida. Albain y el descubrimiento, el asombro, la vida.



## La escritura y la vida

**Tercera persona, de Valérie Mréjen (Periférica) | por Óscar Brox**

Se me ha quedado grabado uno de los relatos de Los desperfectos. En él, Irene Pujadas juega con esa sensación cuando coges por primera vez a un bebé y piensas que, como se te caiga, se hará añicos cual jarrón chino. El chiste pasa por convertir un momento de tanta ternura en algo, por así decirlo, ominoso. Y desvelar, de paso, nuestras inseguridades, *nuestras fragilidades*, cuando hace su aparición esa tercera persona que reclama que aireemos unos sentimientos agazapados en lo más profundo de nosotros. Experimentar la maternidad, la paternidad, el vuelco que provocan a la hora de observar el mundo que nos rodea, cómo se transforman las perspectivas y, en definitiva, las vidas se encauzan hacia esa nueva vida recién llegada. Probablemente con esto último ya esté hablando de Valérie Mréjen y no de Los desperfectos. A la escritura de Mréjen uno se acostumbra rápido. Es breve, a ratos casi transparente, y consigue trasladar toda esa constelación de pequeñas impresiones en las que, a menudo por insignificantes, no reparamos. Quien dijo que sus libros son como películas de Super-8 no se equivocaba. Cada página te devuelve la impresión de escuchar una narración en *off* a partir de imágenes que, de una u otra manera, todos hemos vivido. Que forman parte de nuestras pequeñas patrias, de nuestros recuerdos familiares. Siempre que me preguntan digo que *El agrío* es su libro más divertido, para luego añadir que *Selva negra* es uno de esos textos que te dan un vuelco al corazón. Es un texto que podría ser un coloquio con la madre muerta, con esta cosa de que tarde o temprano dejamos de existir y, también, con la obligación de hacer memoria, a veces de formas infinitas, de aquellos que se marcharon demasiado temprano. Y qué sencilla, cuánta delicadeza, la manera en la que Mréjen recuerda a su amigo Edouard Levé, que anunció su muerte literaria antes de levantar la mano consigo mismo. Diría que toda la luminosidad que desprende *Tercera persona* sería, casi, imposible sin *Selva negra*, como si este último se tratase, más que de un aprendizaje del dolor, de una forma de revelarse a sí misma. De contarse. O de hacerse ficción. Página. Palabra. Con todo, el último libro de Valérie Mréjen no es forzosamente un retrato de la maternidad; más bien, se trata de un retrato de la transformación. O de la transición. De lo sencillo que resulta alterar ese panorama más o menos cotidiano. No en vano, la autora peregrina por lugares y espacios con la sensación de estar (vi)viéndolos por primera vez.

Con otra mirada. Y eso, desde luego, la escritura lo acusa. Mréjen sigue escribiendo con la claridad a la que nos ha acostumbrado; íntima, pero sin el barniz de densidad que a menudo le pintamos a las confesiones. Pública, pero no exhibicionista. Uno pasea por su libro como si, a cada poco, se produjese un gran descubrimiento, aunque tal cosa no sea más que contemplar con una luz diferente la calle por la que pasea cada día. La cuestión es que la llegada del bebé (de la bebé, mejor dicho) le confiere otro valor a las cosas. Otra espesura. Quizá ese mismo peso que tantas veces echaba a faltar en *Selva negra*, entre coloquio y coloquio con sus fantasmas familiares. Y me gusta que Mréjen, de alguna manera, excave en lo cotidiano, se mantenga tenaz, en tensión con esa presencia que la acompaña desde la sala de partos y que, entre asombro y asombro, le invita a mirar el mundo una vez más.

Es curioso cómo un libro escrito en 2017 puede resultar tan fundamental en 2021. La principal habilidad de Valérie Mréjen siempre ha sido saber cómo hacer hablar a lo ordinario. Cómo darle cuerpo, voz y relato. Y cómo,

asimismo, no caer ni en lo insustancial ni tampoco en la pompa. En la impostura. Escribir, en suma, con su mirada. O quizá también podría valer si dijera que ha aprendido a escribir su mirada en cada texto. Cuando lees *Tercera persona*, te sucede que enseguida llegas al final (la brevedad, de nuevo, es señal de identidad creativa); quizá, también, piensas que esa avalancha de pequeñas cosas sin demasiada importancia te ha pasado como un rodillo. Y, sin embargo, poco a poco reparas en las redes, en las conexiones, en los vasos que comunican casi todos sus libros. En el impresionante autorretrato, por muchas capas de ficción que lo sustenten, que ha cuajado en su escritura. Y quizá también piensas (retomo por qué puede resultar tan fundamental ahora mismo) que algo así ha sido ese año 2020 y sigue siendo este raro 2021. Un libro que se lee demasiado rápido, repleto de pequeñas revelaciones sin importancia, que no deja de mirar con ojos nuevos lo que no es más que el entorno de cualquier otro día. Un libro que habla de transformaciones, de la ciudad y sus gestos, de la maternidad y el lugar que ocupa en la sociedad y de las emociones y los cuidados. Y es entonces cuando piensas que algo así, como los interminables esfuerzos del año pasado por seguir creyendo en la normalidad, solo puede responder a una misma necesidad: escribir la vida. Nada más.



## Próximo club

### Palabras de amor escritas a máquina

16 de octubre, 17:30  
Llibreria Ramon Lull  
Corona, 5 - Valencia



detour.es | diarios.detour.es  
correo@detour.es | facebook/revistadetour  
instagram/revistadetour | twitter/tidetour

llibreriaramonlull.com

## Lista de correo

Dos correos mensuales: uno poco antes del Club, otro poco después. Con contenidos adicionales, tanto literarios como de audio, vídeo, fotografía,...

club.detour.es  
newsletter

